

Romero: beatificar “a toro pasado”

Por José Antonio ALONSO HERRERO*

EN LA FIESTA DE LOS TOROS BRAVOS se utiliza la frase “A toro pasado” para criticar “aquel lance en que el torero yergue su figura y se adorna cuando ya ha pasado ante él la cabeza del toro, con lo que el peligro de una cornada es mínimo”.¹ Ésta y muchas otras expresiones semejantes son útiles para caracterizar una situación en la cual se pretende obtener ventajas a destiempo y en contra de la lógica apropiada. Situado muy lejos del ambiente taurino, nuestro objetivo es acudir a este símil para evaluar la actuación del papa Francisco quien el 23 de mayo de 2015 beatificó a monseñor Óscar Arnulfo Romero, arzobispo de San Salvador. Como se recordará, monseñor Romero fue asesinado en la capilla de un hospital salvadoreño el día 24 de marzo de 1980.

Las reacciones del pueblo salvadoreño y del mismo gobierno tras el anuncio papal fueron inmediatas. Para el sacerdote mexicano Miguel Concha se trata de “un justo reconocimiento del pueblo salvadoreño y de un oportuno acto de justicia a un personaje de talla internacional”.² Hoy día sería difícil encontrar a alguna persona bien informada que se atreviera a poner en tela de juicio tan respetable opinión del fraile dominico.

En nuestra opinión, sin embargo, sin dudar un ápice de los indiscutibles méritos de monseñor Romero, creemos oportuno acudir al símil taurino para subrayar primero que, como buen jesuita, el papa Francisco ha sabido adornarse con este reconocimiento tan justo y tan largamente esperado por las mayorías salvadoreñas y centroamericanas. Y, por otra parte, que si bien este merecido nombramiento hace justicia a la reiterada actuación heroica de monseñor Romero, llega “a toro pasado”, es decir, a destiempo. Dado que el papa Juan Pablo II fue beatificado casi inmediatamente después de su muerte, sería acertada la postura de las mayorías

Profesor-investigador del Instituto de Ciencias de Gobierno y Desarrollo Estratégico de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México: e-mail: <alonsosher37@gmail.com>.

¹ “¡Olé!”: 100 expresiones del léxico taurino que los españoles usamos en nuestra vida cotidiana”, *Periodista Digital* (Madrid), 6-vi-2016, en DE: <<https://www.periodista-digital.com/ocio-y-cultura/toros/2016/06/06/las-100.shtml>>. La fuente de este artículo es el estudio de Francisco Reus Boyd-Swan, *El léxico taurino en la vida cotidiana*, Alicante, Universidad de Alicante, 1993.

² Miguel Concha, “Mártir de la justicia”, *La Jornada* (México), 23-v-2015.

bien informadas de América Latina que afirman que si la beatificación de monseñor Romero hubiese ocurrido oportunamente, hace varias décadas, habría detenido la injusta agresión al pueblo salvadoreño, orquestada por las élites políticas y empresariales nacionales y por el gobierno de Ronald Reagan.³ Esta magnífica posibilidad, por cierto, hubiera ocurrido en contra de la opinión del entonces cardenal Joseph Ratzinger, el cual siendo prefecto de la Congregación de la Doctrina de la Fe “condenó el uso de la palabra ‘mártir’ aplicada a monseñor Romero, quien había sido asesinado por sicarios del gobierno salvadoreño”.⁴

Los méritos de monseñor Romero

Los lectores que hayan seguido desde hace décadas las peripecias de la nación salvadoreña deben tener presentes los trágicos eventos ocurridos en tan diminuto país a partir de 1970. Antes de emitir opiniones personales conviene recordar los hechos más llamativos relacionados con monseñor Romero. Una primera fuente de información, no eclesial por cierto, es la ofrecida por Joaquín Villalobos, quien fue miembro de la comandancia del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN), una organización político-militar equidistante de la Iglesia vaticana y de las élites represoras salvadoreñas, dirigidas por el gobierno de Reagan.⁵ Villalobos afirma que a fines de la década de 1960 se produjeron los primeros avances en la organización magisterial y estudiantil. Poco después comenzaría la organización de los trabajadores del campo, quienes se convertirían en el principal punto de apoyo de la revolución salvadoreña. Será entre 1978 y 1980 cuando el nivel de organización abarcará a la mayor parte de la clase obrera y campesina. Esos años, precisamente, serán cruciales para comprender en toda su magnitud el comportamiento heroico

³ Charles Clements afirma que Deane R. Hinton, embajador estadounidense en El Salvador, aplaudió la visita de Juan Pablo II a ese país, pero aclaró que “el llamado del pontífice para un diálogo entre el gobierno salvadoreño y la guerrilla izquierdista no había modificado la oposición estadounidense a una solución negociada de la guerra”, Charles Clements, *Guazapa: testimonio de guerra de un médico norteamericano*, San Salvador, UCA, 1986, p. 229.

⁴ James Carroll, *Practicing Catholic*, Nueva York, Houghton Mifflin Harcourt, 2009, p. 264.

⁵ Joaquín Villalobos, “El estado actual de la guerra y sus perspectivas”, *Revista Nicaragüense de Ciencias Sociales* (Managua), año 1, núm. 1 (1986), pp. 42-67, esp. p. 45.

de monseñor Romero.⁶ La actuación revolucionaria de obreros y campesinos tendría dos repercusiones inmediatas: la primera provocar la defensa incondicional por parte de monseñor Romero de todos los oprimidos salvadoreños y, la segunda, su íntima ligazón con el movimiento político-militar liderado por el FMLN.⁷

La convergencia de ambos movimientos, de muy distinta naturaleza, es la que lleva a Villalobos a preguntarse: ¿fue la represión desencadenada en ese periodo capaz de aniquilar la base social del movimiento revolucionario? En nuestra opinión, la respuesta es doble. Desde el punto de vista del movimiento sociopolítico, dirigido por el FMLN, el largo conflicto arribaría a la mejor solución de la guerra: una “solución política negociada”.⁸ Desde nuestra perspectiva, sin embargo, la pregunta clave se refiere a la solución “cristiana” promovida por monseñor Romero. En efecto, desde el primero de enero de 1978, junto con los obispos Arturo Rivera Damas y Marco René Revelo, monseñor Romero había enviado un mensaje pastoral de Año Nuevo titulado *No a la violencia, sí a la paz*, en el cual explicitaba el camino a seguir. Monseñor Romero predicaba un mensaje de esperanza, pero afirmaba que para acabar con las situaciones violentas y con terrorismos estériles había que atacar las raíces que producen tales efectos. ¿Cómo identificaba monseñor Romero esas raíces? Él se apoyaba explícitamente en el magisterio del papa Paulo VI, en la Conferencia de Medellín (1968) y en la Constitución *Gaudium et Spes* del Concilio Vaticano Segundo. Monseñor Romero desgranó estas sabias directrices eclesiológicas y afirmó que “la solución a los urgentes problemas de nuestro país sólo puede consistir en la instalación de un orden social más justo”. Mandato que concretó en tres puntos: primero, promover una legislación social orientada “a realizar los cambios políticos, sociales y económicos justos”;⁹ segundo, el respeto

⁶ Enrique Dussel, “La religión como crítica a la opresión: la figura mesiánica de Óscar A. Romero (1917-1980)”, *La Jornada* (México), 23-v-2015.

⁷ Enrique Dussel celebra la beatificación de monseñor Romero y menciona que su conversión hacia un cristianismo radical tuvo lugar a raíz de la muerte del jesuita Rutilio Grande, párroco de Aguilares (El Salvador). Dussel comenta un dato que pude comprobar personalmente hace diez años en mi última visita a El Salvador: el cadáver de monseñor Romero, enterrado por la Iglesia conservadora salvadoreña, fue ocultado por varias décadas en la cripta de la catedral con el débil argumento de que no podía ser venerado hasta que Roma lo decidiera. En Roma, por su parte, se decía que había muerto por causas políticas y no por ser mártir de la fe.

⁸ Villalobos, “El estado actual de la guerra y sus perspectivas” [n. 5], p. 65.

⁹ Óscar Arnulfo Romero, Arturo Rivera Damas y Marco René Revelo, *No a la violencia, sí a la paz*, mensaje pastoral de Año Nuevo, San Salvador, 1978.

absoluto a los derechos humanos y, tercero, que se conceda una amnistía real a todos los exiliados.

La conversión de monseñor Romero

CUALQUIER observador de la función que la Iglesia vaticana en América Latina ha desempeñado durante las últimas décadas del siglo XX intuye que las simples indicaciones eclesiásticas no son suficientes para penetrar en la radical actuación posterior de monseñor Romero. Una pista adicional nos la ofrece Villalobos al referir los combates intestinos de los militares salvadoreños, quienes en 1979 procedieron a expropiar tierras y bancos en manos de los oligarcas salvadoreños.¹⁰ En aquel instante, afirma Villalobos, se rompió la alianza entre el régimen y la Iglesia católica. Tal afirmación, añadimos, requiere ser matizada porque fueron “organizaciones campesinas de base católica [las que] se movilizaron y sectores de la Fuerza Armada [de El Salvador] comenzaron a asesinar curas, monjas y hasta un arzobispo”.¹¹ Así se generó un vacío de autoridad, sin el cual “los insurgentes jamás hubiéramos levantado cabeza”.¹² Este lúcido reconocimiento de Villalobos exige profundizar en un proceso que se alargó durante varios lustros y cuyo eje vertebrador fue monseñor Romero. Cuatro documentos plasman el mensaje cristiano de la Iglesia salvadoreña tal como lo vivió monseñor Romero, quien actuó como indiscutible promotor:

1) *Persecución de la Iglesia en El Salvador*, firmado en 1977 por el obispo auxiliar Arturo Rivera y Damas.

2) *Orientaciones sociales de la Iglesia a la luz del magisterio pontificio*, publicado por el Secretariado Social Interdiocesano, con la aprobación explícita de monseñor Romero. Fechado el 6 de agosto de 1977.

3) El mensaje pastoral de Año Nuevo *No a la violencia, sí a la paz*, firmado por los tres obispos previamente mencionados y publicado el 1 de enero de 1978.

4) La tercera carta pastoral de monseñor Romero y primera de monseñor Arturo Rivera y Damas, *La Iglesia y las organizaciones políticas populares*, publicada en agosto de 1978.

¹⁰ Joaquín Villalobos, “Bandidos, Estado y ciudadanía”, *Nexos* (México), núm. 445 (enero de 2015), p. 40.

¹¹ *Ibid.*

¹² *Ibid.*

Estas cuatro publicaciones constituyen una base veraz que nos permite formarnos un juicio objetivo sobre el pensamiento auténtico de monseñor Romero.¹³ *Persecución de la Iglesia en El Salvador* es un extenso estudio que incluye un *dossier* conformado con los sesenta y cinco comunicados, publicados en diversos diarios salvadoreños, en los cuales alternan las acusaciones formuladas ante todo por *El Faro* contra monseñor Romero y los jesuitas de la Universidad Centro Americana (UCA) con referencias más generales, tales como: “Algunos pastores más confundidos que las ovejas” (27-v-1977), “El problema de los sacerdotes comprometidos” (31-v-1977) y “La denuncia contra los jesuitas” (15-i-1977). La lista menciona a veintitrés organizaciones acusadoras entre las que se encuentran: las Fuerzas Armadas de El Salvador, el Comité Pro Defensa de la Patria, la Asociación de Seguidores de Cristo Rey.

La respuesta del Secretariado Interdiocesano se apoya siempre en la Declaración de Medellín (1968), según la cual donde existen desigualdades sociales, económicas, políticas y culturales “se manifiesta un rechazo del Señor mismo”. En síntesis, el mensaje es diáfano: “la mayoría de los miembros de la Iglesia en El Salvador son trabajadores del campo, mientras que la gran finca agraria, destinada a producir productos no vitales para la alimentación y que se exportan al extranjero, se encuentra acaparada en muy pocas manos”.¹⁴

Apoyado en estos testimonios concretos el documento describe “un plan modelo de estrategia contra la Iglesia católica latinoamericana” en el cual se mencionan once directrices. Por ejemplo: ataque a la parte de la Iglesia más avanzada; ataque sobre todo al clero extranjero; control sobre algunas órdenes religiosas (sobre todo los jesuitas); participación directa de la CIA en este asunto y su compromiso a brindar información plena sobre algunos sacerdotes.

¹³ En la visita a Bolivia, en julio de 2015, el papa Francisco habló en el Segundo Encuentro Mundial de Movimientos Populares y afirmó: “Este sistema ya no se aguanta. No lo aguantan los campesinos, no lo aguantan los trabajadores, etc.”. El sociólogo Bernardo Barranco muestra su extrañeza ante esta renovada muestra de la teología de la liberación procedente de un argentino que en su patria nunca apoyó a los jesuitas promotores de tal teología, véase Bernardo Barranco V., “Francisco está yendo demasiado lejos”, *Proceso* (México), núm. 2019 (12 de julio de 2015), p. 48.

También las feministas argentinas nos hacen preguntarnos hasta dónde puede llegar el papa Francisco en su nuevo entorno del Estado Vaticano, del cual es el jerarca absoluto, véase Carlos E. Cué, “El papa fue durísimo contra el aborto cuando era líder de la Iglesia argentina”, *El País* (Madrid), 2-IX-2015.

¹⁴ Arturo Rivera Damas, *Persecución de la Iglesia en El Salvador*, San Salvador, Secretariado Social Interdiocesano, 1977, p. 10.

El documento concluye con la afirmación: “El texto no necesita comentario”.

El segundo documento, publicado en 1977 con la aprobación explícita de monseñor Romero, es una respuesta a la Federación de Padres de Familia de los Colegios Católicos, quienes requerían la orientación episcopal en tan difíciles momentos. No puede acusarse de ambigüedad a la larga contestación de monseñor Romero, la cual abarca ochenta y siete páginas. El presupuesto fundamental es que la fe católica auténtica supone una ética que debe incluir “una clara dimensión social”.¹⁵ No es preciso detenernos a explicar la tesis central del argumento que recoge las enseñanzas tradicionales de la Iglesia romana a partir de León XIII. No faltan ni la crítica al comunismo ateo,¹⁶ ni la condena al liberalismo.¹⁷ Pero monseñor Romero no se contenta con explicar la manida y ambigua respuesta a ambas tendencias ideológicas. Por el contrario, monseñor Romero analiza puntualmente la Doctrina de la Seguridad Nacional. Su punto de partida es la famosa encíclica de Pío XI titulada *Mit Brennender Sorge*, aunque actualizada con aportes extraídos de revistas latinoamericanas como *Mensaje* y *Nueva Sociedad*. En definitiva, el arzobispo salvadoreño sostiene que “el cristiano [...] ni puede entregarse a tales ideologías en cuerpo y alma, ni puede rechazarlas como males absolutos”.¹⁸ Pero no hay que dejarse seducir por tales filosofías. No obstante, es en relación con la “Ideología del Estado de Seguridad Nacional” donde la posición de monseñor Romero se torna intransigente porque esa ideología constituye “un peligroso simplismo y fanatismo contra el cual el cristiano tiene que dirigir su lucha”.¹⁹

En definitiva, la Iglesia está contra la concepción totalizadora del Estado y en comunión con los obispos latinoamericanos manifiesta que su posición apunta hacia “una sociedad radicalmente opuesta a la planeada por los Estados de Seguridad Nacional”.²⁰

¹⁵ Óscar Arnulfo Romero, *Orientaciones sociales de la Iglesia a la luz del magisterio pontificio*, San Salvador, Secretariado Social Interdiocesano, 1978, p. 2.

¹⁶ *Ibid.*, p. 40.

¹⁷ *Ibid.*, p. 53.

¹⁸ *Ibid.*, p. 75.

¹⁹ *Ibid.*, p. 76.

²⁰ *Ibid.*, p. 81.

Monseñor Romero cierra su conclusión apoyándose en los obispos brasileños (1976), chilenos (1977) y argentinos (1977) y emite su propio dictamen final:

La tremenda contradicción del Estado de Seguridad Nacional en América Latina es que, en nombre de un orden social, tiene que establecer indefinidamente la dictadura y el totalitarismo para defender los intereses del capitalismo internacional y sus aliados nacionales privilegiados.²¹

El tercer documento consiste en un breve mensaje pastoral de Año Nuevo (1978). Aunque se reconoce que en los últimos meses había disminuido la violencia, sobre todo en San Salvador, se añade un “balance doloroso”.²² La violencia afecta a todas las clases sociales, pero “es justo reconocer [se puntualiza] que los más afectados han sido los más pobres y oprimidos”. Sin embargo la mayor preocupación es la LEY DE DEFENSA Y GARANTÍA DEL ORDEN PÚBLICO, después de cuyo análisis los obispos salvadoreños se preguntan: “¿No coarta la ley el derecho a organizarse, a hacer huelgas, a tener libertad de cátedra?”. Los tres obispos ven en la nueva ley una amenaza a los derechos humanos. El resultado será que la ley deja desguarnecidos a los salvadoreños más pobres y numerosos: los campesinos y los obreros. ¿Cuál es el camino a seguir ante esta nueva situación? La solución, concluyen los obispos, sólo puede consistir en la instauración de un orden social más justo y en el respeto absoluto de los derechos humanos.

Llegamos así al cuarto documento firmado por monseñor Romero y el obispo Rivera y Damas. El tema central es muy concreto: las organizaciones populares independientes del gobierno que enfrentan el antagonismo gubernamental. La respuesta episcopal se apoya en la carta *Octogesima Adveniens* del papa Paulo VI, según la cual “incumbe a las comunidades cristianas analizar con objetividad la situación propia de su país”.²³ Este planteamiento se desarrolla en dos partes: la primera analiza las organizaciones populares en El Salvador y la segunda profundiza en las relaciones entre éstas y la Iglesia. La pregunta clave es cómo desglosan ambos obispos los principios enunciados por Paulo VI. En síntesis, la respuesta es nítida: unificación, pero no identificación de fe y política.²⁴ Se trata,

²¹ *Ibid.*, p. 87.

²² Romero, Rivera Damas y Revelo, *No a la violencia, sí a la paz* [n. 9], p. 3.

²³ Óscar Arnulfo Romero, *La Iglesia y las organizaciones políticas populares*, San Salvador, tercera carta pastoral, 1978, p. 8.

²⁴ *Ibid.*, p. 30.

por tanto, de definir lo que se puede y lo que no se puede exigir a la Iglesia salvadoreña en tan crucial momento. Los obispos admiten que las organizaciones populares —sean cristianas o no— pueden pedir a la Iglesia que recuerde los derechos cívicos, como el de la organización, la huelga, la manifestación y la libre expresión. Existe, no obstante, un límite que ambos señalan:

Ninguna organización, aunque sea de inspiración o nombre cristiano, puede exigir que la Iglesia como tal o sus símbolos más claramente percibidos como símbolos eclesiales (como las ceremonias, la predicación, las procesiones, etc.) se conviertan en mecanismos concretos de propaganda para fines políticos. Ya hemos dicho que la Iglesia por su parte siempre estará dispuesta a hacer uso del *único poder que posee*, el de su Evangelio para iluminar cualquier tipo de actividad que mejore o instaure la justicia.²⁵

Merece la pena destacar las cuatro palabras subrayadas en este párrafo. Más tarde veremos que la Iglesia romana es la única institución cristiana que cuenta con la Santa Sede, lo cual la convierte en un Estado sui generis. De ahí que no sea posible ignorar la sabia ambigüedad de ambos obispos al concluir su carta pastoral con la afirmación de que “la Iglesia exige a cualquier persona u organización que le respete la propia autonomía de su naturaleza y de su misión”.²⁶ Ellos no tienen en cuenta esa dualidad estructural típica y exclusiva de la Iglesia vaticana. Debemos reconocer que ambos tienen el valor, en momentos tan álgidos, de referirse al tema de la violencia en la última parte de la carta pastoral. Condenan expresamente “la violencia represiva del gobierno y la violencia terrorista”, pero también insisten en que “la Iglesia permite la violencia en legítima defensa”.²⁷ En la conclusión los obispos se dirigen a los diferentes estratos de la sociedad salvadoreña y no omiten insistir una vez más en la promulgación de leyes que garanticen los derechos humanos y que impidan amedrentar al campesinado. Al finalizar, siempre atentos a la voluntad del Divino Salvador —patrono por cierto del país—, prometen trabajar y orar.

La simple lectura de estos documentos no deja lugar a dudas. En los últimos meses de su vida, monseñor Romero es plenamente consciente de la trágica situación de El Salvador, defendió con creciente intransigencia a las mayorías explotadas que luchaban por sus derechos y, con la misma clarividencia, denunció sin am-

²⁵ *Ibid.*, p. 32. Las cursivas son mías.

²⁶ *Ibid.*, p. 38.

²⁷ *Ibid.*, p. 46.

bigüedades la estrategia de Seguridad Nacional, impulsada por las autoridades civiles y militares salvadoreñas y apoyadas sin reticencia por el gobierno de Estados Unidos. Es momento, por tanto, de analizar la postura de la Santa Sede frente a la violencia en el país centroamericano y frente a la postura asumida por monseñor Romero.

*El Vaticano declara “no mártir”
a monseñor Romero*

Los católicos dentro y fuera de El Salvador, desde el primer momento, calificaron la muerte de monseñor Romero como un martirio. Pocos años después del asesinato y con ocasión de la visita de Juan Pablo II a Nicaragua en 1983, documentos hasta entonces inéditos fueron publicados en un libro por el Instituto de Estudios Políticos para América Latina y África (IEPALA) en los que se refiere la situación de persecución contra la Iglesia católica en Guatemala, Nicaragua y El Salvador.²⁸ Desde la sufrida Nicaragua, los frailes dominicos le recordaron a Juan Pablo II “el martirio de monseñor Romero y de otros muchos cristianos perseguidos y asesinados por la causa de la justicia y de la paz en solidaridad con los pobres”.²⁹ Entre los documentos se encuentra uno firmado por los obispos centroamericanos en el cual “no hay el menor reflejo de los análisis hechos por Monseñor Óscar A. Romero, los cuales —incluso desde un punto de vista meramente intelectual y científico— son de un valor extraordinario por su rigurosidad y objetividad”.³⁰ Reconocimiento explícito que se repite pocos párrafos después al contraponer los análisis de monseñor Romero con los textos eclesiásticos de Puebla (1979) en los cuales se sumergen las raíces de la tragedia latinoamericana en un “misterio de pecado”. Los editores del libro comentan acertadamente: “como si el pecado y la crisis de valores morales constituyeran una especie de sistema causal explicativo de los fenómenos sociales”.³¹

Hoy día sobre el asesinato de monseñor Romero contamos con el testimonio de dos destacados salvadoreños. En entrevista con el periódico *Sputnik Nóvosti*, Benjamín Cuéllar, ex director del Instituto de Derechos Humanos, situado en la jesuítica UCA, denuncia

²⁸ *El Papa en Nicaragua: análisis de su visita*, Madrid, IEPALA, 1983, p. 117.

²⁹ *Ibid.*, p. 26.

³⁰ *Ibid.*, p. 117.

³¹ *Ibid.*, p. 119.

“la parálisis burocrática” que padeció la beatificación de monseñor Romero por decisión de la Congregación para la Doctrina de la Fe, cuyo director y responsable era el entonces cardenal Ratzinger.³² En esta entrevista los prejuicios conservadores contra la teología de la liberación, tildada de marxista y hereje, se contraponen a la actuación de monseñor Romero, quien creía en la justicia terrenal y apadrinó el Socorro Jurídico del Arzobispado Salvadoreño. Cuéllar añade: “Él cerraba sus homilias con los hechos políticos y trágicos de cada semana, las graves violaciones de los derechos humanos ocurridas en el país”. En agosto de 1978, como respuesta al informe sobre casi un centenar de personas desaparecidas por las fuerzas del orden público, monseñor Romero exclamó: “soy testigo de la verdad de estos noventa y nueve casos. Y por eso tengo el derecho de preguntar: ¿dónde están?”³³

Cuéllar concluye: “A Romero se le hará justicia en los altares, pero decenas de miles de graves violaciones de derechos humanos más siguen sin esclarecerse, incluido el magnicidio”. Posteriormente evaluaremos de qué clase de justicia hablamos, pero antes atendamos las reflexiones del periodista salvadoreño Víctor Flores García. Como testigo presencial de la tragedia y como ex alumno de la UCA, confirma que “monseñor Romero poseía el expediente tenebroso más documentado de los miles de muertos en la carrera incontrolable hacia la guerra civil que dividió a la sociedad salvadoreña hasta nuestros días”.³⁴ Su comentario es certero: “Monseñor Romero había decidido aquel día desafiar al poder más intocable de la historia de El Salvador: los militares”. Pero más allá de los militares responsables directos del asesinato, Flores García formula una pregunta clave hoy día cuando monseñor Romero ya ha sido beatificado: “¿Cómo se veía a sí mismo monseñor Romero en su

³² Víctor Flores García, “El magnicidio de Monseñor Romero: una beatificación sin justicia terrenal”, entrevista a Benjamín Cuéllar, *Sputnik Nóvosti*, 25-III-2015, en DE: <<https://mundo.sputniknews.com/entrevistas/201503251035694341-america-latina-catolicismo-canonizacion/>>.

³³ En América Latina abundan los obispos que no comparten la preocupación por los derechos humanos que originó la muerte de monseñor Romero. Para el cardenal de Lima, del Opus Dei, los derechos humanos son una “cojudez”, véase Diego García-Sayán, “Romero y el poder”, *El País* (Madrid), 21-v-2015.

³⁴ Víctor Flores García, “La vida olvidada de Óscar Arnulfo Romero”, *El Faro* (San Salvador), 24-III-2010, en DE: <<https://elfaro.net/es/201003/opinion/1409/La-vida-olvidada-de-%C3%93scar-Arnulfo-Romero.htm>>.

relación con el Vaticano antes de morir?”. Su respuesta fue: “Para con la Sagrada Congregación y el Señor Nuncio me falta fe”.³⁵

*Interludio epistemológico:
los jesuitas salvadoreños contra monseñor Romero*

LA plena comprensión de esa falta de fe atribuida por la Santa Sede a monseñor Romero provoca una aclaración previa. Quienes desde México hemos seguido los avatares de la nación salvadoreña desde hace décadas dábamos por supuesta la mutua penetración de monseñor Romero y los jesuitas de la UCA, seis de los cuales morirían asesinados por militares salvadoreños el día 16 de noviembre de 1989.³⁶ Conocíamos el cambio radical experimentado por monseñor Romero a raíz del asesinato del jesuita Rutilio Grande. Pero el reciente testimonio de Flores García añade una nueva perspectiva.³⁷ Cuando en 1976 el nuncio convocó a las autoridades de la Compañía de Jesús para consultarlas sobre el posible nombramiento como arzobispo de monseñor Romero, quien no siempre tuvo simpatía por las organizaciones populares y quien había expulsado a los jesuitas del Seminario Diocesano de San Salvador en 1972, la respuesta jesuítica fue “gelatinosa”, según Flores García. Siempre somos obedientes a la Iglesia, dijeron, “pero no podríamos garantizar lo mismo de los jóvenes jesuitas de la UCA”, añadieron. En mi opinión, las autoridades jesuíticas tomaban así distancia de “los jóvenes jesuitas” residentes en la casa donde seis de ellos serían asesinados. Por su parte Flores García insiste en que “los jesuitas la traían en contra de Romero a partir de un editorial, titulado “Somos criticados”, publicado en 1973 en el cual

³⁵ Para comprender esta respuesta simplista del nuncio merece la pena recordar qué entiende el Vaticano por “adhesión a la fe”. Cuatro días antes de morir (¿i?) el papa Juan Pablo I pronunció una alocución en la que se refirió a las dieciséis monjas carmelitas asesinadas durante la Revolución Francesa y canonizadas por Pío X en 1906, véase *L'Osservatore Romano* (Ciudad del Vaticano), 26-IX-1978. Durante el proceso condenatorio tuvo lugar este breve diálogo: “Condenadas a muerte por fanatismo, una monja preguntó: señor juez, qué quiere decir fanatismo y el juez respondió: vuestra boba pertenencia a la religión. Oh, hermanas, dijo la monja: nos condenan por nuestra adhesión a la fe”. Poco después fueron guillotinas.

Si le hubieran preguntado a monseñor Romero en un juicio que nunca existió, el prelado salvadoreño habría respondido: por ser testigo de la muerte de miles de trabajadores y campesinos salvadoreños. En nuestra opinión, defender los derechos humanos no es falta de fe, aunque el nuncio italiano pensara lo contrario.

³⁶ A estos antiguos y queridos compañeros dedico mi último libro, véase José Antonio Alonso Herrero, *Topar con el Vaticano*, Puebla, BUAP, 2012.

³⁷ Flores García, “La vida olvidada de Óscar Arnulfo Romero” [n. 34].

monseñor Romero hacía mofa de “ciertos libertadores”, en referencia a los futuros mártires de la UCA. Por lo demás, nuestra intención al mencionar la polarización prevaleciente en torno a la vida y muerte de monseñor Romero no es dirimir, ni enjuiciar las contradictorias opiniones aún existentes. Por el contrario, el objetivo es aclarar e interpretar la más que gelatinosa relación que la Santa Sede ha tenido con monseñor Romero.

*El Vaticano y los jesuitas:
más allá de monseñor Romero*

DESPUÉS de esta breve e iluminadora referencia a la micropolítica eclesiástica de El Salvador, la beatificación de monseñor Romero nos da pie para penetrar en la actuación política de la Santa Sede y en la postura crítica de los “jóvenes” jesuitas de la UCA. La clave discriminadora de ambas posiciones nos la ofrece el teólogo jesuita Jon Sobrino, de origen vasco-salvadoreño.³⁸ En el trepidante diálogo que sostuvo con el periodista Alver Metalli, ante la inminente beatificación de monseñor Romero previamente anunciada por el papa Francisco, la reacción de Sobrino es inequívoca: “Hace tiempo nos pusimos en guardia para que no beatifiquen a un monseñor Romero aguado”. A continuación Sobrino califica su respuesta: “Que lo beatifiquen está bien; tardaron 35 años, pero no es lo más importante: me hubiera gustado que fuera de otra manera”.³⁹

Consecuente con su ríspida respuesta al asombrado periodista, Sobrino le confirma que no asistirá a la ceremonia de beatificación. La excusa es un viaje a Brasil que emprenderá precisamente el día que tendrá lugar la ceremonia religiosa en San Salvador donde Sobrino reside desde hace más de cuatro décadas. Ante el desconcertado Metalli, Sobrino insiste: “He visto correr la sangre de mucha gente en El Salvador, no me interesan las beatificaciones”. Sobre todo si son “aguadas”, aclaremos. Recordemos que durante varias décadas y sobre todo a partir del asesinato del jesuita Rutilio Gran-

³⁸ Jon Sobrino es miembro de la comunidad jesuítica de la UCA. No fue asesinado en 1989 por encontrarse en ese momento impartiendo unas conferencias en Tailandia sobre la teología de la liberación, pues el residía en la misma casa donde fueron acribillados los seis jesuitas en la madrugada del 16 de noviembre de 1989.

³⁹ Alver Metalli, “Jon Sobrino: ‘Hace tiempo nos pusimos en guardia para que no beatifiquen a un monseñor Romero aguado’”, *Religión Digital. Información religiosa de España y el mundo*, 22-v-2015, en DE: <<https://www.periodistadigital.com/religion/america/2015/05/22/jon-sobrino-hace-tiempo-que-pusimos-en-guardia-para-que-no-beatifiquen-a-un-monsenor-romero-aguado-religion-iglesia-salvador.shtml>>.

de, los “jóvenes” jesuitas de la UCA acompañaron sin reticencias el valiente caminar de monseñor Romero. Tanto que seis compañeros de residencia de Sobrino murieron asesinados vilmente casi diez años después, como ya mencionamos.⁴⁰

Por consiguiente, la pregunta que flota en el aire es ¿por qué tardó el Vaticano 35 años en beatificar a monseñor Romero, cuyo valiente ejemplo genera admiración y profundas reacciones en El Salvador y en toda América Latina, mientras que Juan Pablo II fue canonizado pocos años después de su muerte? No es preciso recurrir a profundas consideraciones teológicas para captar las diferencias entre ambas actuaciones del Vaticano. Las vidas de ambos personajes, Juan Pablo II y monseñor Romero, se cruzaron en muchas ocasiones por lo menos desde el Congreso de Puebla en enero de 1979. En aquel entonces la suerte de monseñor Romero ya estaba echada con los pobres de El Salvador. Por el contrario, los cinco largos lustros del pontificado de Juan Pablo II muestran que su suerte no fue con los pobres de América Latina. Basta con recordar datos históricos publicados y perfectamente comprobados.

Los antecedentes polacos de Juan Pablo II, siempre patrióticamente opuesto al comunismo ruso, que le impidieron captar el significado auténtico de la teología de la liberación de América Latina, no son suficientes para justificar su rudo comportamiento personal frente a monseñor Romero, a quien nadie puede acusar de marxista. Tampoco ayudaron a Juan Pablo II, si es que hubiera intentado captar el mensaje de monseñor Romero —de cuya cristalina transparencia son testimonio las palabras de Sobrino—, las conexiones y pactos establecidos con Reagan y su entorno político.⁴¹

⁴⁰ La postura de Sobrino no es unánime en la Iglesia vaticana. Personajes destacados como el cardenal español Antonio María Rouco, de pura cepa franquista, aconsejó a los obispos que no asistieran a la beatificación de monseñor Romero porque era una “beatificación política”, véase José Manuel Vidal, “Rouco presiona a los obispos para que no asistan a la ‘beatificación política’ de monseñor Romero”, *Periodista Digital*, 21-v-2015, en DE: <<https://www.periodistadigital.com/religion/espana/2015/05/21/rouco-presiona-a-varios-obispos-para-que-no-asistan-a-la-beatificacion-politica-de-monsenor-romero-iglesia-religion-dios-jesus-papa-obispo-salvador.shtml>>. Desde la perspectiva opuesta, Sobrino estaba de acuerdo en cuanto a la politización de tal nombramiento.

⁴¹ Abundan los documentos publicados que explicitan esta mutua colaboración. Véase Ana María Ezcurra, *El Vaticano y la administración Reagan*, Madrid, IEPALA/Fundamentos, 1986. Poco después la socióloga mexicana Lucrecia Lozano abunda en el mismo tema: “Los albores de la Revolución”, en María Teresa Gutiérrez-Haces *et al.*, *Centroamérica: una historia sin retoque*, México, IIE-UNAM, 1987, pp. 245-296.

La realpolitik de la Santa Sede

Si deseamos comprender e interpretar las diferentes situaciones y opiniones comentadas hasta el momento, el presupuesto básico es tomar en serio la política de la Santa Sede. Dejemos de lado la Biblia y las encíclicas papales y penetremos más bien en los documentos y entrevistas que nos conducen al corazón del Estado Vaticano.

El respetado historiador francés Jean Meyer abre la puerta después de discutir temas tan espinosos como el Patronato y la Reforma en los países latinoamericanos.⁴² En referencia al conflicto centroamericano en las últimas décadas del siglo xx, Meyer no duda en afirmar que el papa Juan Pablo II fue en 1983 a Centroamérica “a provocar a la Iglesia popular”.⁴³ En aquellos países, opina Meyer, coexistían dos amenazas para la Iglesia vaticana: el marxismo y el protestantismo. Su interpretación, muy apresurada en nuestra opinión, es que las minorías militantes de América Latina se impacientaron y tomaron diversos caminos: el marxismo ortodoxo, el moralismo, el escándalo ante la injusticia o la violencia institucional. Admitidas las diversas reacciones que tuvieron lugar en esas décadas en Centroamérica, no parece adecuado interpretar los sucesos de El Salvador desde la ética de los revolucionarios rusos o del populismo; monseñor Romero, como hemos expuesto a través de sus escritos, defendió al final de su vida los derechos humanos de los campesinos y obreros salvadoreños.

Esa misma defensa de los derechos humanos es la que tuvieron presente jesuitas como Sobrino e Ignacio Ellacuría. En El Salvador, en concreto, estos teólogos tomaron una posición equidistante y crítica tanto del FMLN como de la política vaticana. Porque ambos bandos, el guerrillero del FMLN y el Estado Vaticano, promovieron el enfrentamiento armado a través de Juan Pablo II y Ratzinger —quienes se habían asociado con las huestes de Reagan. Ésa no era la opción de monseñor Romero, cuya firme demanda final fue que se respetaran los derechos humanos de los campesinos y obreros salvadoreños y, además, que se detuviera la agresión por parte de los militares. No olvidemos que los militares son los responsables directos de la muerte de monseñor Romero y de los seis jesuitas de San Salvador.

⁴² Jean Meyer, *Historia de los cristianos en América Latina: siglos XIX y XX*, México, Jus, 1999, pp. 59 y 338.

⁴³ *Ibid.*, p. 334.

Ante este panorama de confrontación entre la línea radical y la conservadora de la Iglesia romana, Meyer se pregunta: ¿nada nuevo?⁴⁴ Su respuesta es que “la solución está en la secularización verdadera”, simbolizada por la separación de la Iglesia y el Estado, la noción kantiana según la cual el poder secular no debe imponer ninguna moralidad al individuo. Bellos conceptos que olvidan, sin embargo, que esa kantiana “secularización verdadera” no es aplicable a la Iglesia vaticana porque el papa es al mismo tiempo el pontífice de la Iglesia romana y el jefe absoluto y único del Estado Vaticano, es decir, de la Santa Sede. Son dos posiciones estructurales a las que históricamente no puede renunciar. En otras palabras, el papa de la Iglesia católica romana es un auténtico jefe de Estado, cuyo papel ha sido redefinido y confirmado en el Pacto de Letrán en 1929. De ahí que no compartamos el optimismo desbordante de Meyer cuando afirma que “la colaboración de la Iglesia con el poder, sea el que sea, es siempre la ruina de la Iglesia”. Tal vez sí lo sea de la Iglesia, pero no lo ha sido de la Santa Sede. Basta con recordar los concordatos de los papas con dictadores tan connotados como Adolf Hitler, Benito Mussolini o Francisco Franco y más recientemente con “pequeños” dictadores al estilo de Rafael Leónidas Trujillo en República Dominicana y de Anastasio Somoza en Nicaragua, ambos protegidos y apoyados militarmente por el gobierno en turno de Estados Unidos.

Por consiguiente, no es posible compartir con Meyer el optimismo expresado en la conclusión de su libro cuando afirma que “la Iglesia católica es nacionalista en cada país”. Los españoles nacidos durante la dictadura franquista, como es mi caso, sabemos que esa afirmación es correcta si se aplica a la Iglesia romana, pero es radicalmente incorrecta si se aplica a la Santa Sede. El Estado Vaticano jamás renuncia desde hace siglos a su etérea “nacionalidad”.

*Conclusión: consecuencias predecibles
de una “beatificación aguada”*

EN un expediente publicado hace años, Alma Guillermoprieto califica a Francisco como papa rebelde.⁴⁵ La pregunta obligada, por tanto, es: ¿esta beatificación “aguada” confirma esa rebeldía papal? La respuesta definitiva requiere varias aclaraciones previas.

⁴⁴ *Ibid.*, p. 338.

⁴⁵ Alma Guillermoprieto, “El Papa rebelde”, *Nexos* (México), 1º de agosto de 2014, pp. 17-26.

La autora, destacada periodista, nos ofrece las primeras pistas porque en su “expediente” toca múltiples temas con las personalidades entrevistadas: la teología de la liberación latinoamericana, la castidad sacerdotal, la pederastia clerical y el espinoso caso de Marcial Maciel, conocido en todo el mundo como “pederasta monstruoso, malversador, embaucador, plagiaro y drogadicto”.⁴⁶ El tema central son los cambios introducidos por el papa Francisco en la Iglesia romana. Imposible evaluar cada uno de ellos, pero lo cierto es que “dentro de la Curia existe un buen número de inconformes de alto rango”. La pregunta obvia es: ¿hasta dónde llegarán estos inconformes? Nuestra respuesta, que los lectores compartirán, es que todo dependerá no de la Iglesia tradicional, sino de la permanencia y persistencia de la Santa Sede multisecular.

Tema candente que la periodista no olvida y al finalizar su “expediente” lanza la pregunta expresa: ¿cuál es la relación entre el Jesús al que acuden los católicos para obtener la salvación y la gigantesca estructura en Roma?,⁴⁷ es decir, en nuestra terminología, la relación entre la Iglesia romana y la Santa Sede. Desafortunadamente al concluir su artículo Guillermprieto se olvida de esa “gigantesca estructura” del Vaticano romano.

Para profundizar en el tema clave que, desde nuestro punto de vista, lo constituye la actitud tomada por el papa Francisco ante la estructura secular de la Santa Sede, contamos con Marcelo Larraquy, periodista argentino, profundo conocedor de los antecedentes del jesuita Jorge Mario Bergoglio en su natal Argentina. Larraquy nos ofrece una buena pista ya que escruta todos los temas pertinentes desde la pedofilia entre el clero hasta la falta de vocación sacerdotal, sin olvidar la Curia romana y las guerras internas de los cardenales.⁴⁸ Precisamente para excavar en esta pista Larraquy entrevistó a Gianluigi Nuzzi, un experto “vaticanista” y le preguntó: “¿Con qué Curia se encontró Francisco?”. Éste contestó:

Una Curia de embalsamadores, cuando te quieren atrapar te empiezan a sonreír. La Curia es un grupo de poder que intenta mantener contento al papa manteniendo a su vez su propio poder.⁴⁹

⁴⁶ *Ibid.*, p. 23.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 26.

⁴⁸ Marcelo Larraquy, *Recen por él: la puja interna de la Curia romana ante el fenómeno llamado Francisco*, México, Penguin Random House, 2014, p. 260.

⁴⁹ *Ibid.*, p. 273.

Entonces, al fin podemos preguntarnos si la beatificación “aguada” de monseñor Romero será un intento del papa Francisco para comenzar a desgajar alguna partícula de poder de la Curia, tan bien conocida por el italiano Nuzzi. Todo depende de la persistencia en las próximas décadas de esa estructura dual de la Iglesia vaticana. Por el momento todo apunta al escaso debilitamiento del poder de la Santa Sede, la cual siempre cuenta con el apoyo de una Iglesia romana portadora de una conciencia antihistórica y ultramontana. Visión que no es simple ideología descarnada y aérea. Hoy día, como a lo largo de los siglos, la religiosidad tradicional vaticana echa raíces sobre unos intereses económicos y políticos innegables.

Para ahondar en este tema nada mejor que acudir a dos brillantes conocedores de los entretelones vaticanos. El primero es el insigne italiano Nicolás Maquiavelo. Al hablar de los principales eclesiásticos afirma cándidamente que “estas soberanías son erigidas y conservadas por Dios mismo”.⁵⁰ De ahí que sean “estos Estados los únicos que prosperan y están seguros”, gracias, como explica Maquiavelo, a los papas Alejandro VI (Borgia) y Julio II que elevaron el pontificado a un altísimo grado de dominación. Y a continuación explica la mecánica generadora de la grandeza de la Iglesia: “Estas facciones [en la Iglesia] no estarán jamás sosegadas mientras que ellas tengan algunos cardenales, porque éstos mantienen, en Roma y por fuera, unos partidos que los barones están obligados a defender”.⁵¹

Otra historia sería, opinamos, encontrar la fe y las virtudes de la actual élite política del Estado Vaticano. En nuestra época nadie ha formulado con más precisión el meollo de la soberanía vaticana que Carl Schmitt, quien en un ya clásico libro califica la esencia del catolicismo como una *complexio oppositorum*,⁵² porque el papa, además de ser el pontífice eclesiástico, insiste en ser “el soberano del Estado de la Iglesia”.⁵³ ¿A qué se debe esa insistencia papal?, podríamos preguntarnos. La respuesta de Schmitt nos conduce al núcleo de la estructura vaticana: “Lo que la Iglesia necesita es tener delante una forma estatal porque de otro modo no hay nada que se corresponda con su actitud esencialmente representativa”.⁵⁴

⁵⁰ Nicolás Maquiavelo, *El príncipe* (1532), Buenos Aires/México, Espasa-Calpe Argentina, 1989, p. 72.

⁵¹ *Ibid.*, p. 75.

⁵² Carl Schmitt, *Catolicismo romano y forma política* (1923), Pedro Madrigal, trad. y notas, Madrid, Tecnos, 2011, p. 16.

⁵³ *Ibid.*, p. 23.

⁵⁴ *Ibid.*, p. 30.

El politólogo alemán explica su principio de representación: “no se trata de la representación del pueblo frente a otro representante que es el rey o el parlamento”. Al contrario, “la Iglesia no tiene dispositivo alguno de representación porque la autoridad de sus representantes no deriva del pueblo, porque ella representa ‘desde arriba’”. En otras palabras, la Iglesia representa a la persona de Cristo.

En el estudio introductorio al libro de Schmitt, Ramón Campderrich Bravo comenta este modelo como un ejemplo de autoridad representativa, en el cual “representar es encarnar valores en las personas dirigentes insertas en esa institución”. El resultado, en definitiva, es la identificación entre ideales e instituciones y personas, lo cual garantiza la identidad colectiva de los miembros de la institución y fortalece el modelo autoritario, en el cual la legitimidad proviene de arriba. Si aceptamos esta explicación debemos preguntarnos si Schmitt se refiere a la Iglesia como institución religiosa o a la Santa Sede como estado sui generis. La respuesta se obtiene al analizar a los enemigos de esta autoridad política ideal, sintetizados por el liberalismo y el socialismo. El liberalismo no puede dotar a la autoridad política de la capacidad de decidir. Mientras que el rechazo de las repúblicas soviéticas —incluida la bávara— por parte de Schmitt lo llevó a considerar a este último sistema como el peor enemigo de la civilización. Así es como ambos distanciamientos desembocaron en la revalidación ideológica e institucional por parte del Vaticano del fascismo italiano. El resultado, bien conocido desde 1929, es haber conferido a la Ciudad del Vaticano el estatus de “Estado soberano”.

Los apuntes de Maquiavelo y de Carl Schmitt nos permiten comprender el retraso del Estado Vaticano para beatificar a monseñor Romero. No se trata de un olvido ni de un proyecto para “aguar” los méritos del arzobispo salvadoreño. Este retraso no es más que la consecuencia lógica de la política dolorosa experimentada en vida por Óscar Arnulfo Romero. El jesuita mexicano Rafael Moreno Villa, quien residió largos años en El Salvador y colaboró directamente con el arzobispo, acaba de darnos la clave de tan engañoso retraso.⁵⁵ Lo que más le dolía a monseñor Romero, asegura el jesuita mexicano, no eran los ataques del gobierno, las trampas urdidas por la Corte Suprema de Justicia ni las amenazas

⁵⁵ Rafael Moreno Villa, SJ, “Por qué considero importante la beatificación de Romero”, *Jesuitas. Provincia Argentino-Uruguaya* (Curia Jesuita en Buenos Aires), 2-junio-2015, en DE: <<http://jesuitasaru.org/por-que-considero-importante-la-beatificacion-de-romero/>>.

de los escuadrones de la muerte. Su dolor profundo nacía del aislamiento, la oposición y la abierta crítica ejercida por la mayoría de los obispos de El Salvador. Por el contrario, lo que mantuvo firme a Óscar Arnulfo Romero fue “su compromiso con los pobres derivado de su fe en Jesús”.

La pregunta final, por tanto, es si la tardía beatificación otorgada por el papa Francisco refuerza ese compromiso con los pobres de monseñor Romero. En mi tierra castellana responden: “lo veremos, dijo un ciego”.

RESUMEN

Se confronta el rechazo de los papas Juan Pablo II y Benedicto XVI a otorgar la beatificación al arzobispo Óscar A. Romero (1917-1980) con la beatificación llevada a cabo por el papa Francisco en 2015. Pese a la recepción positiva del pueblo salvadoreño a tal nombramiento, las críticas de teólogos católicos salvadoreños persisten por el retraso para otorgar la beatificación. Entre tanto, el papa Francisco no ha dado una explicación convincente de dicho retraso.

Palabras clave: Iglesia latinoamericana, Óscar Arnulfo Romero, Teología de la liberación.

ABSTRACT

Presentation of the dismissed request for beatification of Óscar A. Romero (1917-1980) by both Pope John Paul II and Pope Benedict XVI, together with his recent designation by Pope Francis. Despite the beatification's positive reception by the Salvadoran people, criticism is still arising from the Salvadoran Catholic theologians with regards to the delayed appointment, for which Pope Francis has yet to provide a compelling explanation.

Key words: Latin-American Church, Óscar Arnulfo Romero, liberation theology.